


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Bridget María Chesterton, ed., *The Chaco War. Environment, Ethnicity, and Nationalism* (Londres: Bloomsbury, 2016).

Guillermo Mejillones Quispe
Universidad Mayor de San Andrés
guichi_his83@hotmail.com

Fecha de recepción: 21/06/2020
Fecha de aprobación: 23/06/2020

La historiografía de la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay (1932-1935) ofrece una extensa producción de libros y artículos editados en diferentes momentos y países, que se ha enfocado en diversos temas, dimensiones y actores individuales y colectivos vinculados al conflicto armado. En su mayoría, esta historiografía ha tendido a estar centrada en una historia militar marcada por diferentes matices nacionalistas, ya sea bolivianos o paraguayos. Se trata de una de las producciones historiográficas más abundantes centradas en un conflicto armado en el espacio sudamericano lo cual revela no sólo la importancia del debate suscitado por el Chaco sino también su vigencia. Al respecto, el investigador boliviano Luis Rea Romero ha elaborado un registro de los trabajos referidos a la guerra del Chaco y ha logrado registrar 1090 libros, sin contar artículos. Dentro de esa profusa producción, el trabajo de Roberto Querejazu Calvo, *Masamaclay* (publicado por primera vez en 1965), si-

que siendo una obra de cabecera y una de las más citadas en investigaciones y análisis del conflicto del Chaco, que, sin duda, todo investigador de la temática debe conocer¹.

El libro *The Chaco War. Environment, Ethnicity, and Nationalism* compilado por Bridget María Chesterton fue editado en inglés en 2016 y está compuesto de nueve capítulos. El primer capítulo es una introducción que analiza los antecedentes y el contexto en el que se desencadenó el conflicto del Chaco. Los siguientes cuatro capítulos se concentran en temas que aluden a la parte boliviana, incluyendo temáticas como el análisis de la situación de prisioneros de guerra, el movimiento sindical en plena guerra en la ciudad de La Paz (Bolivia), los pueblos indígenas y el nacionalismo boliviano. El sexto artículo aborda el nacionalismo paraguayo. Los tres capítulos restantes tratan problemáticas que involucran a ambas naciones, tales como antecedentes, medio ambiente y recursos.

La compilación incluye una mayor cantidad de textos sobre la participación boliviana en la guerra del Chaco. Los artículos reunidos resultan aportes renovadores, al analizar factores que determinaron el devenir de la guerra y de los ejércitos en disputa. Se estudian diversos temas vinculados con los factores explicativos de la guerra y con procesos acaecidos al calor de la contienda: el Jardín Botánico como espacio nuclear del nacionalismo guaraní; la configuración y reconfiguración de las fronteras nacionales; los indígenas de la región del Chaco en tanto actores singulares y su participación en el conflicto; el proyecto de ingeniería fallido (construcción del canal del Río Grande al Río de la Plata) que buscaba favorecer la logística militar del ejército boliviano; la situación y condiciones de los prisioneros bolivianos capturados durante la guerra. Además, se examinan los cambios y las continuidades después del conflicto, especialmente en el escenario boliviano. Un aporte sustancial del libro radica en su enfoque renovado, alejado de la historia militar meramente descriptiva y cronológica, que ha tendido a primar, destacándose nuevas dimensiones tales como los estudios de la “cultura material de la guerra” que suman los aportes de la arqueología.

La editora y autora de *The Chaco War*, Bridget María Chesterton, es una investigadora especializada en historia latinoamericana y del Paraguay, profesora en la State University of New

1 Roberto Querejazu Calvo, *Masamaclay: historia política, diplomática y militar de la Guerra del Chaco* (La Paz: Editorial Los Amigos del Libro, 1975).

York College at Buffalo en Estados Unidos. En 2013 publicó su libro *The Grandchildren of Solano López* y en 2015 co-editó *Transformations of Populism in Europe, the United States and Latin America*².

El primer capítulo, de carácter introductorio, está escrito por la propia Chesterton. Se centra en los antecedentes de la guerra y presenta el desarrollo de las reclamaciones que ambos estados nacionales (Bolivia y Paraguay) ostentaban sobre los territorios del Chaco boreal, a partir de títulos originados durante el período colonial. La disputa por este espacio se inició con el Tratado Decoud-Quijarro (1879), en el que uno y otro país reclamaba la totalidad del Chaco boreal, prosiguió por décadas y finalmente decantó en el enfrentamiento militar en septiembre de 1932. Chesterton puntualiza que ninguna de las dos naciones había prestado mucha atención a la región hasta finales del siglo XIX, momento en el cual ambos Estados comenzaron a recuperarse económica y políticamente, luego de las pérdidas territoriales de la guerra de la Triple Alianza (1865-1870) y de la guerra del Pacífico (1879-1884). Sucesivos acercamientos diplomáticos, que incluyeron tres tratados fallidos, no lograron resolver el litigio entre Bolivia y Paraguay. Así, el conflicto se inició el 15 de junio de 1932 con el sorpresivo ataque del ejército boliviano en Laguna Chuquisaca o Pitiantuta a un fortín, que llevó a la movilización masiva de soldados por parte de Paraguay. En septiembre de 1932, se dio una importante batalla en el fortín paraguayo Boquerón, con una victoria para Paraguay, pero con un costo de vidas muy alto. Félix Estigarribia, comandante en jefe del ejército paraguayo, cercó y asedió el fortín y empujó la rendición de los bolivianos en esa batalla. De esta manera, comenzaba la guerra del Chaco que duraría tres años. Las sólidas referencias aportadas confirman que la guerra era ineludible, ya que ambos ejércitos venían preparando sus tropas desde la década de 1920.

Iniciadas las acciones bélicas, y en medio de presiones, el presidente boliviano, Daniel Salamanca, trajo al general alemán Hans Kundt, quien en décadas previas había comandado al ejército boliviano, generando expectativas de que podría cambiar el rumbo de la guerra a favor de Bolivia. Tras una desastrosa campaña en Nanawa (enero de 1933) y otras acciones, el general Kundt fue depuesto del cargo y subió en su remplazo el general Enrique Peñaranda, en un escenario de inestabilidad entre civiles y militares que primó durante los tres años de guerra. Por el lado para-

2 Bridget M. Chesterton, *The Grandchildren of Solano López: Frontier and Nation in Paraguay 1904-1936* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 2013); John Abromeit, Gary Marotta y Bridget M. Chesterton, eds., *Transformations of Populism in Europe and the Americas: History and recent tendencies* (Londres y Nueva York: Bloomsbury, 2015).

guayo, se mantuvo durante toda la guerra al mando del ejército José Félix Estigarribia, quien tenía una buena relación con el presidente Eusebio Ayala. Paraguay contó, además, con ayuda del gobierno de facto argentino en el esfuerzo bélico.

Chesterton señala que, al no lograr tomar Santa Cruz de la Sierra, los paraguayos no lograron el objetivo de afirmarse sobre la totalidad del Chaco Boreal, lo que significaba una derrota. Para los bolivianos, el objetivo de un puerto en el río Paraguay fue finalmente concretado por vía diplomática. Por otro lado, la derrota boliviana dejó fuertes marcas en el nacionalismo y forjó a toda una generación, la llamada “generación del Chaco”, que alcanzaría un momento cúlmine con la Revolución Nacional de 1952 por el lado boliviano. Según Chesterton, la guerra de la Triple Alianza y la guerra del Pacífico dieron forma en ambos países al nacionalismo y a la forma en que reaccionaron a principios del siglo XX. La autora sostiene que causas profundas de la guerra siguen siendo debatidas por la historiografía y en ese marco complejo, Chesterton alude al autor Alfredo Seiferheld, quien se concentró en la potencia de los intereses económicos extranjeros, especialmente de la Standard Oil.

La contribución de Elizabeth Shesko constituye el segundo capítulo que sintetiza los ejes centrales de su tesis doctoral³. El análisis se sustenta en libros, periódicos y fuentes de archivo, tanto de Bolivia como de Paraguay. El acceso a estas fuentes le permitió realizar acercamientos novedosos y arribar a conclusiones acerca de la manera en la cual las asignaciones laborales y las condiciones de vida de reclusos contribuyeron al esfuerzo bélico del Paraguay, reemplazando algunos hombres que luchaban en el Chaco. La autora postula que las condiciones de vida de los presos estaban supeditadas a los marcadores socioculturales, tales como la alfabetización, el idioma, la dieta, la ocupación, el origen regional, la residencia y los ingresos. Además, se demuestra que los soldados capturados por ambos ejércitos en misiones de reconocimiento proporcionaron una valiosa fuente de inteligencia (y desinformación) con respecto a la posición, fuerza y la moral del ejército contendiente.

Subraya Shesko que los prisioneros bolivianos debían ser llevados desde el teatro de operaciones hasta la retaguardia, pero antes eran desinfectados y vacunados. Seguidamente se

3 Elizabeth Shesko, “Conscript Nation: Negotiating Authority and Belonging in the Bolivian Barracks, 1900-1950”, Tesis doctoral, Duke University, 2012.

realizaban exámenes médicos en función de evitar infecciones sobre la población civil. Estos procedimientos obligaron al registro escrito de los prisioneros, identificando a cada soldado y evaluando su salud, estatus social y habilidades, lo que conforma una valiosa fuente de información. Las notas de la prensa paraguaya describen a las fuerzas paraguayas como “salvadoras” de estos soldados bolivianos capturados, y expresan que los prisioneros habrían sentido “alivio” después de jornadas de hambre, sed y abusos en las filas del ejército boliviano. Asimismo, telegramas del gobierno y ejército paraguayos hablan de “salvar” —en lugar de “capturar”— a los soldados. Según estas fuentes documentales, cada día había dos o tres muertos a causa del hambre y prisioneros tan débiles que apenas se levantaban. Según las leyes de guerra, los prisioneros podían ser utilizados como trabajadores, de acuerdo con su rango y capacidad, con la excepción de los oficiales.

La autora sostiene que los soldados del oriente boliviano germinaron una campaña minoritaria para independizar la región respecto de Bolivia, es decir, se registran indicios de un primer separatismo cruceño que, finalmente, no prosperó. El problema del separatismo cruceño no es desarrollado en extenso en este capítulo. Se trata de una cuestión muy amplia y compleja, para la cual además existen dificultades documentales y se cuenta con pocos estudios, entre ellos el de Hernán Pruden que invita a profundizar las investigaciones⁴.

Shesko concluye que el sufrimiento de los prisioneros de guerra fue singular, con privaciones y abusos permanentes a manos de sus guardias, lo cual provocó la huida de algunos. El empleo de prisioneros bolivianos en Asunción fue aprovechado para la elaboración de caminos que permitió al Paraguay reemplazar su mano de obra y llevar soldados al campo de batalla. La clase social, la etnia y la región de origen de los presos bolivianos en Paraguay determinó los lugares de reubicación para los trabajos en condición de cautiverio, la calidad de sus raciones y uniformes y el tipo de trabajo que realizarían. Al final de la guerra, algunos soldados bolivianos presentaron una petición para casarse y quedarse en Paraguay.

4 Hernán Pruden, “Separatismo e integracionismo en post Guerra del Chaco. Santa Cruz de la Sierra (1935-1939)”, en *Visiones de fin de siglo. Bolivia y América Latina en el siglo XX*, dir. Dora Cajías, Magdalena Cajías, Carmen Johnson e Iris Villegas (Lima: Institut français d’études andines / Plural editores, 2001), 67-93.

El tercer capítulo, escrito por Luis M. Sierra, se aboca a analizar las estructuras políticas de Bolivia y sus transformaciones antes y después de la guerra. El trabajo indaga sobre la cuestión de las etnicidades, racializaciones y las identidades que estructuraron los proyectos nacionalistas después de la guerra del Chaco. La cuestión de la discriminación racista fue un tema vigente, tanto antes como después de la guerra. Por otro lado, el autor destaca la influencia de los activistas urbanos (obreros, comerciantes y artesanos) en las protestas populares en la ciudad de La Paz, antes y después de la guerra, y las formas en las cuales los trabajadores motorizaron las luchas políticas entre 1920 y 1946. La guerra del Chaco fue un proceso clave que impulsó la emigración del campo a la ciudad de La Paz (similar fenómeno se produjo en las demás ciudades del país). En este contexto, las personas que eran identificadas como mestizas o indígenas también fueron señaladas como trabajadores y vecinos de La Paz. En el balance general, se plantea que los cambios provocados por el conflicto del Chaco fueron limitados, ya que la estructura política se mantuvo sin cambios entre 1920 y 1946. Sin embargo, los políticos (liberales y conservadores) habían sido desacreditados y muchos fueron remplazados por una nueva generación de personajes que portaban un nuevo discurso, que desacreditaba a la oligarquía, abriendo posibilidades para la reforma de los socialistas militares (1936-1939) y la dictadura militar de Gualberto Villarroel (1943-1946), quien apoyó abiertamente la sindicalización ganando influencia en la población indígena urbana. Sierra puntualiza que los cambios comprendieron el desarrollo de una clase media. “Elites políticas e intelectuales en búsqueda de por qué Paraguay derrotó a Bolivia en la guerra, llevaron a los reformistas a ver la estructura de la economía y la política de Bolivia como las razones de esta derrota” (p. 47)⁵. Esta búsqueda coadyuvó a intermediar alianzas entre los trabajadores y la clase media, creando una plataforma para el desarrollo de la política de masas.

Tras el colapso del mercado del estaño desde 1930, la crisis condujo a las nacientes uniones y organizaciones políticas reformistas a criticar el enfoque económico del gobierno. Los presidentes de Bolivia, Salamanca y Saavedra, en la década de 1920 habían elegido la represión. Los gobiernos de turno posteriores (posguerra del Chaco) continuaron con una política económica extractivista, tomando sus ingresos del estaño como su principal recurso de exportación hacia las po-

5 Todas las traducciones de los fragmentos del libro que se citan en este comentario bibliográfica son mías.

tencias mundiales (Estados Unidos e Inglaterra). No debe olvidarse que el estaño fue un recurso estratégico para los aliados en la segunda guerra mundial.

El cuarto capítulo, de Ben Nobbs Thiessen, analiza un tema muy poco conocido y trabajado por la historiografía de la guerra del Chaco: el proceso de construcción de un canal navegable en el oriente boliviano y el carácter moderno de su ingeniería, proyectado para servir en la logística de movilización del ejército boliviano. Este canal constituye uno de los proyectos de ingeniería más ambiciosos propuestos durante la guerra. Este capítulo se nutre del análisis de fuentes bibliográficas, de archivo y hemerográficas.

El ingeniero boliviano Miguel Rodríguez escribió el 12 de diciembre de 1931 al presidente Daniel Salamanca y le propuso su ardiente deseo de “contribuir con lo mejor de mi capacidad, para el engrandecimiento de mi patria en el estudio y la solución de su mayor problema” (p. 70). Sacaría el Río Grande de la cuenca del Amazonas boliviano para volcarlo hacia la cuenca del Río de la Plata. Se proyectaba así llevar el río a las tierras bajas de Santa Cruz de la Sierra. De esta manera, se planteaba que la “ingeniería patriótica” suplantaría a la militarización como medio para garantizar la soberanía en el Gran Chaco. Rodríguez solicitó al presidente Salamanca los recursos (mano de obra y financiamiento) para realizar el proyecto. Sin embargo, la guerra ensombreció su concreción y el presidente optó por la negativa, argumentando que el proyecto probablemente costaría más de lo presupuestado y que en la situación económica vigente era imposible. Según Ben Nobbs Thiessen, “Rodríguez argumentó que (...) la ingeniería patriótica era la única manera de salvar a la nación” (p.76). Haciendo una analogía con el Paraguay, el río del mismo nombre daba cierta ventaja al ejército paraguayo con sus dos cañoneras (Humaitá y Paraguay) ya que podrían transportar por el río armamentos, soldados y aprovisionamientos. Hasta 1934, en sucesivas notas, Rodríguez propuso la construcción de un canal masivo para redirigir el Río Grande a través del Chaco y llegar al Río Paraguay y así permitir llegar al Atlántico. Rodríguez puntualizaba que “nuestra lucha en el Chaco es más contra la naturaleza que contra el adversario”. Pidió el abandono de todas las posiciones de avance en el Chaco, fuera de la futura zona del canal, durante un período de tres a cuatro años. Bolivia iba a emprender una campaña de estilo guerrillero, agotando recursos paraguayos mientras se acercaba a las líneas de suministro. Y proponía que, mientras se emprendía esta “guerra de recursos” y desgaste, se debía hacer un esfuerzo para completar el

canal. Rodríguez planteaba que, en un año y con dos mil hombres desplegados en la construcción, el canal sería capaz de llevar pequeñas embarcaciones armadas por el río Paraguay. Una fuerza boliviana bien provista marcharía a lo largo del canal, tomando Bahía Negra / Puerto Pacheco aguas abajo hacia Asunción, donde podría forzar un arreglo negociado. El proyecto del canal debería poner a la nación en una “unidad homogénea”. En definitiva, se destaca que la infraestructura de las tierras bajas dependía del impulso brindado por el gobierno nacional.

Bridget María Chesterton y Thilo F. Papacek son autores del quinto capítulo en el que abordan la visión de un “Gran Paraguay” a partir del análisis de la figura de Carlos Fiebrig y el Jardín Botánico como espacio de lanzamiento del nacionalismo paraguayo. A principios del siglo XX, el presidente paraguayo Manuel Franco contrató a Carlos Fiebrig, un botánico alemán que migró a Paraguay para construir el nuevo Jardín Botánico en Asunción. Este espacio se proyectó como una representación en miniatura de la nación paraguaya en el corazón de la capital. El Jardín Botánico fue construido sobre la base de las tierras de las haciendas del expresidente paraguayo Carlos Antonio Solano López. El Jardín se convirtió en un espacio importante para la incursión militar y científica paraguaya en la frontera del Chaco. La historia emergente demuestra claramente que Paraguay no estaba aislado ni al margen de las ideas y la cultura europeas. Se explica la manera en que Fiebrig se vio involucrado en el esfuerzo de la guerra, proporcionando espacio en el jardín para los prisioneros de guerra bolivianos. El capítulo permite entender el desarrollo del Jardín y la construcción de un puerto allí. Asimismo, se visibiliza la influencia de actores extranjeros en las ideas sobre la nación paraguaya durante los primeros años del siglo XX: cómo se formaron estas ideas y cómo, a su vez, ayudaron a reformar el nacionalismo paraguayo. Por otra parte, este espacio también fue un lugar de descanso y relajación, mientras que los visitantes experimentaron orgullo por la diversidad y riqueza biológica. El Jardín se convirtió en un escenario que intentó plasmar la totalidad de la nación a partir de su diversidad botánica y donde especialmente se intentó reflejar el derecho de Paraguay sobre la región del Chaco boreal. El diseño de Fiebrig dividió el Jardín en cuatro áreas separadas, cada una correspondía a diferentes regiones geográficas del Paraguay: la central, la selvática, la noreste y la del Chaco. El Jardín Botánico fue una manera de mapear la nación a través del uso del espacio físico en la capital.

Su estudio permite visualizar la forma en la cual confluyeron el nacionalismo con el cientificismo de las elites de la época. Según la bibliografía analizada y citada por Chesterton y Papeck, Fiebrig emprendió investigaciones antropológicas sobre la base de teorías raciales predominantemente desarrolladas en Alemania. Según su esposa Anna Gertz “Ingeborg, Fiebrig tenía la intención de mostrar las diferencias fundamentales entre los indígenas de las tierras altas de Bolivia y los de las tierras bajas” (p. 102). Fiebrig llegó a aseverar que los bolivianos de las tierras bajas estaban cultural, social y lingüísticamente vinculados a un “Paraguay Guazú”. El legado de Fiebrig se perdió pues tuvo que huir del país después de la guerra. Los propios paraguayos tienen olvidados sus esfuerzos en biología, botánica y etnografía. Su trabajo fue eclipsado por logros científicos, militares y políticos de hombres como Schmidt, Belaieff y Bertonio.

En el sexto capítulo, Erick D. Langer estudia la vinculación entre los pueblos indígenas situados en los diferentes territorios nacionales y la guerra del Chaco, analizando el poder ejercido por los gobiernos y su aquiescencia con respecto a las sociedades indígenas afectadas por el conflicto tanto en Bolivia y Paraguay como en Argentina. De acuerdo con Langer, durante el siglo XIX no fue posible que los estados incipientes de Paraguay y Bolivia asumieran el control de la “tierra india”. El capítulo es muy rico y afronta temas diversos. Uno central es la importancia de la presencia indígena en el largo y lento proceso de configuración y conformación de las fronteras de Argentina, Bolivia y Paraguay, consolidado recién hacia finales del siglo XIX y principios del siglo XX. El autor destaca que en las décadas de 1860 y 1870, Bolivia y Argentina aceleraron su crecimiento económico, mientras Paraguay sufría las severas consecuencias económicas impuestas tras la guerra de la Triple Alianza (1864-1870). Sólo a finales del siglo XIX, con la expansión de las economías latinoamericanas y la definición de su papel en el orden global, los gobiernos contaron con recursos estatales que hicieron posible la penetración del Chaco boreal. Según Langer, “la resistencia indígena fue un factor extremadamente importante en el establecimiento de las fronteras de Argentina, Bolivia y Paraguay. Tanto Argentina como Bolivia tuvieron problemas para invadir las tierras indígenas debido a la destreza militar de los grupos indígenas” (p. 123). Gran parte del territorio permaneció inexplorado, a excepción del sector al este del río Paraguay. La relativa falta de conflicto en ese sector ayudó a los paraguayos a forjar alianzas con grupos indígenas, a principios del siglo XX y en el contexto previo a la guerra del Chaco.

Otra cuestión que analiza Langer es el aporte económico de las sociedades indígenas a las empresas criollas, ya que proporcionando su fuerza de trabajo contribuyeron a fortalecer las economías fronterizas de ciertos países y debilitaron a otros. El uso de trabajo indígena frecuentemente justificaba la intrusión de los ejércitos nacionales en territorios nativos para lograr acceso a la mano de obra indígena, pero también se aprovechaba para incorporar los territorios al Estado-nación. Paraguay comenzó a manifestar preocupación por el Chaco boreal después de la Primera Guerra Mundial. El gobierno permitió a empresas extranjeras explotar los recursos naturales de la región, especialmente las argentinas que cortaban la madera de quebracho para extraer tanino. La región del Chaco contenía muchos grupos étnicos, que a menudo lucharon entre sí en guerras interétnicas frecuentes.

El capítulo sostiene que parte del éxito del ejército paraguayo durante la guerra se puede atribuir a los nexos y al mejor trato que los indígenas recibían en comparación con los casos boliviano y argentino. Langer sostiene que, en el caso de Bolivia, a pesar de las misiones católicas y el intento de constituir a Villamontes en un polo económico, la falta de incentivos económicos hizo fracasar la política militar agresiva de colonizar las poblaciones indígenas.

El capítulo séptimo, de Carlos Gómez Florentín, aborda el tema de la energía y el medio ambiente enlazado con la guerra del Chaco. Este trabajo ofrece una nueva perspectiva para interpretar y sumar al análisis del conflicto. El autor destaca que Paraguay enfrentó el desafío que implicaba la falta de petróleo, lo que condujo a que el ejército se moviera con “energía orgánica”, que incluía energía animal, humana e hidráulica. Paraguay no contaba con petróleo mientras Bolivia se encontraba en mejores condiciones en ese sentido. Sin embargo, el ejército paraguayo logró adaptarse rápidamente a la geografía hostil del Chaco y, en parte, su éxito fue fruto de la creación de un ejército orgánico. La logística del bando paraguayo centró sus esfuerzos en recursos provistos por los ríos del Chaco. En ese marco, se indica adicionalmente el apoyo solapado de la elite gobernante de Argentina, que tenía intereses económicos en el Paraguay.

Según Carlos Gómez, el general Kundt expresó públicamente que el fracaso boliviano en la guerra obedecía a motivos de determinismo ambiental, que operaron como razón principal del éxito paraguayo en los campos de batalla. En el Chaco se presentaban dos estaciones centrales: la estación seca de mayo a octubre y otra de lluvias de noviembre a mayo. Frente a este clima estacional, los ejércitos debieron adquirir métodos para proceder con sus operaciones. El ejército

paraguay durante la estación húmeda utilizó animales de carga y, durante la estación seca, movió suministros por ferrocarril con las líneas de las empresas argentinas de tanino de la región del Chaco. Esta circunstancia permitió al ejército paraguayo resistir los avances militares bolivianos basados en el petróleo. El clima dio ventaja al ejército paraguayo durante la estación húmeda, cuando el ejército boliviano movido a petróleo no pudo avanzar mucho en el terreno. Gómez ofrece cuadros en los que se observa que el mayor número de animales de carga con los que contó el ejército paraguayo fue obtenido de diferentes poblaciones del Chaco. Entre las de importancia está Concepción, ciudad portuaria del norte con una fuerte tradición ganadera. En la región del Chaco también fue factible encontrar ganado salvaje.

El capítulo octavo, de Stephen Cote, indaga la conexión entre el petróleo boliviano, el nacionalismo y la guerra del Chaco. El autor analiza las formas en las cuales en Bolivia se comenzaron a advertir los potenciales peligros de que los recursos naturales estuvieran en manos extranjeras. Antes del conflicto del Chaco, el nacionalismo reformuló los debates sobre el petróleo, planteando como una necesidad nacional que fuera explotado por y para la nación. Cote señala que las raíces del nacionalismo petrolero se encuentran en el discurso del Dr. Manuel Cuellar, quien en 1896 esperaba utilizar el líquido oscuro que encontró de un pequeño manantial en una zona montañosa. En esa época no se tenía la capacidad financiera ni técnica para explotarlo, una constante por mucho tiempo. En 1915, un informe del Ministerio de Justicia e Industria al Senado de Bolivia lamentaba la falta de participación estatal en el petróleo. Otro informe de Julio Gutiérrez (Ministro de Justicia e Industria de Bolivia) en 1918 ofrecía una visión diferente, observando que los centros mineros eran consumidores de productos como el azúcar, el arroz, el trigo y el petróleo de otros países, cuando Bolivia poseía o podía producir estos bienes y convertirse fácilmente en el proveedor principal. Gutiérrez insistió en desarrollar la industria del petróleo que revolucionaría la economía boliviana. En ese contexto, se presentó el escandaloso debate sobre los contratos de concesión petroleros. El senador de La Paz, Abel Iturralde, reclamó ante la transferencia ilegal de la concesión hecha a la Richmond Levering & Company de Nueva York, a manos de la Standard Oil. El contrato estipulaba claramente en una cláusula la total imposibilidad de hacer este tipo de transferencias. Hasta 1928 no se había producido una sola gota de petróleo para Bolivia. Después de la guerra del Chaco, los militares socialistas empujaron a establecer una compañía petrolera estatal siguiendo el modelo argentino. Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB) comenzó a operar a finales de 1936. En marzo de 1937 apareció el decreto de nacionalización. El estado bo-

liviano logró la autonomía energética poco después de la Revolución Nacional de 1952. El petróleo siempre fue un recurso nodal del país y jugó un rol privilegiado en el conflicto, aunque este capítulo no analiza los intereses de las petroleras y su rol en el desarrollo de la guerra del Chaco.

El noveno y último capítulo, de Esther Breithoff, analiza la Guerra del Chaco y sus secuelas a partir de un enfoque arqueológico y de la cultura material. El conflicto generó la llegada a la región de una gran cantidad de armamento bélico fabricado en Europa. Mucho de este material aún se encuentra escondido bajo el subsuelo del Chaco, parte en sitios donde se desarrolló la guerra y parte almacenado en museos y colecciones privadas. Estas armas, al igual que los documentos escritos, constituyen una fuente valiosa de información para analizar el pasado. En concreto, este enfoque se centra en el análisis de la cultura material de la guerra, es decir, una arqueología de la guerra del Chaco. Esther Breithoff refiere que los proyectiles actúan como objetivaciones que cristalizan la experiencia de la guerra. Este tipo de material a menudo es excluido de la historiografía y los análisis sobre la guerra pero a fin de cuentas, plantea Breithoff, la guerra del Chaco fue una guerra material y el estudio de sus restos físicos constituye un elemento integral. Desde esta perspectiva, ha sido poco trabajada nuestra comprensión no sólo del conflicto sino de las personas involucradas, si se compara con los avances en este campo en torno a la historiografía de la primera y segunda guerra mundial en el espacio europeo.

Para concluir, los aportes presentados en *The Chaco War. Environment, Ethnicity, and Nationalism* vienen a renovar el análisis e interpretación del conflicto del Chaco. La obra compilada por Bridget María Chesterton invita a ser leída: está escrita de forma amena y contiene descripciones e interpretaciones desde perspectivas múltiples y específicas. Estos análisis constituyen aportes que renuevan de forma consistente la historiografía de la guerra del Chaco, trascendiendo las miradas limitadas por los nacionalismos.